

Hacia una crítica afectiva de la violencia

REINDERT DHONDT

Universiteit Utrecht/Goethe-Universität Frankfurt am Main

SILVANA MANDOLESSI

KU Leuven¹

Afecto y emoción en el debate actual

Ante la obra etérea *Disremembered* (2013-2018) de la artista colombiana Doris Salcedo que ilustra la cubierta de este volumen, el espectador revive el duelo sin esperanza que tortura y estigmatiza a las víctimas y los sobrevivientes de la violencia como si llevaran constantemente un cilicio mortificador. El arte político de Salcedo busca contrarrestar

¹ El trabajo de Reindert Dhondt forma parte de un proyecto de investigación patrocinado por la Fundación Alexander von Humboldt. El trabajo de Silvana Mandolessi se produjo en el marco del proyecto “Digital Memories” (Grant Agreement N.º 677955), financiado por el Consejo Europeo de Investigación en el Programa Marco de Investigación e Innovación de la Unión Europea Horizonte 2020.

el olvido, no mediante relatos que llevarían a una catarsis basada en una empatía e identificación reconfortantes, sino al incrustar el horror y lo abyecto en una mortaja funeraria tejida de miles de agujas que termina por provocar conmoción e incomodidad en el espectador. En vez de optar por estrategias narrativas o representacionales, *Disremembered*, al igual que otras obras de arte de Salcedo, nos hace imaginar un cuerpo sufriente y ausente, pero también nos activa y nos sensibiliza cuando interactuamos individual o colectivamente con la obra y su carga afectiva. Hemos elegido *Disremembered* como portada del libro porque la obra de Salcedo ilustra la importancia de los afectos en la producción cultural latinoamericana que aborda la violencia.

En el curso de las últimas décadas, afecto y emoción se han transformado en conceptos claves del discurso académico en las ciencias sociales y las humanidades. Los movimientos sociales se analizan teniendo en cuenta la rabia, la indignación o la ofensa como motores de su surgimiento, y la manera en que la solidaridad o la empatía construyen y sostienen los lazos entre los activistas. El neoliberalismo se lee como un sistema cuya eficacia se apoya no solo en la explotación del cuerpo y las capacidades cognitivas, sino especialmente en su capacidad para manipular las emociones y los sentimientos. La centralidad de los medios digitales en la escena pública contemporánea se alimenta de la emoción y el afecto como instrumentos privilegiados. Fenómenos como las *fake news*, el *hate speech*, u *online harassment*, se vuelven opacos si no se tiene en cuenta cómo los flujos digitales producen y hacen circular el odio, la sospecha, la ansiedad o el disgusto y cómo estos construyen alineamientos provisionarios, pero con efectos de largo alcance en la vida social. En el ámbito político, el surgimiento y el éxito de los movimientos populistas de derecha, que instigan la polarización, se explica por su capacidad de movilizar efectivamente un espectro de emociones como la ira, el descontento y el miedo, pero también la felicidad, más que por el recurso a un fundamento ideológico.

Esta omnipresencia del afecto en la vida social y política contemporánea sustenta la hipótesis de que vivimos en “sociedades afectivas”. De acuerdo a Jan Slaby y Christian von Scheve, el término remite a “a historical formation of a specific kind: societies whose modes of

operation and means of integration increasingly involve systematic efforts to mobilize and strategically deploy affect and emotion in a highly intensified and often one-sided manner” (2019b: 7). Naturalmente, esto no significa que la dimensión afectiva sea una característica exclusiva de las sociedades contemporáneas. Antes bien, el interés por esta dimensión surgida en el presente ha servido para destacar que afecto y emoción son rasgos que informan la vida social en todas las épocas y formaciones sociales. ¿Cuál es el aparato conceptual más apropiado para comprender el rol de lo afectivo? ¿Cómo establecer especificidades entre distintos regímenes afectivos a través del tiempo y el espacio? ¿Cómo captar dinámicas definidas como preconceptuales, precognitivas, informes, que circulan de manera autónoma entre los cuerpos y las subjetividades? ¿Cómo somos afectados por una imagen, una obra de arte, un objeto casual, por entidades no humanas cuyo carácter pasivo debe ser radicalmente puesto en duda, como sugiere el *New Materialism* (Gamble, Hanan y Nail 2019)? Entre otras, estas cuestiones han sido el objeto de una obsesiva reflexión desde que emergiera lo que ha dado en llamarse el “giro afectivo”.

El surgimiento del “giro afectivo” (Clough y Halley 2007) puede datarse a mediados de los 90, con la publicación de dos textos seminales, “The Autonomy of Affect” (1995) de Brian Massumi y “Shame in the Cybernetic Fold: Reading Silvan Tomkins” (1995) de Eve Sedgwick y Adam Frank. Estos ensayos marcarán las dos principales genealogías que continúan hasta nuestros días.

El primero tiene sus raíces en los tratados filosóficos de Baruch Spinoza en su *Ethica* (1677) y las elaboraciones posteriores de Henri Bergson en *Matière et mémoire* (1896), Gilles Deleuze y Félix Guattari en *Mille plateaux* (1980), y los escritos de Deleuze sobre cine, pintura y arte. En su tratado *Ethica*, Spinoza define *afecto* (o *affectus*, en latín), como “the modifications of the body whereby the active power of the said body is increased or diminished, aided and constrained, and also the ideas of such modification” (2009, Prop. XXII) (Hesselberth and Horsman 2017: 30). En la obra de Spinoza el afecto puede caracterizarse según tres vectores temáticos: (1) una ontología relacional; (2) una interacción constitutiva entre afectar y ser afectado y (3) una comprensión dinámica y policéntrica del poder (Slaby y Mühlhoff

2019: 28). Desde esta perspectiva, el afecto es *relacional*, concebido como una dinámica entre entidades que se afectan mutuamente, en lugar de como el impacto unilateral de una entidad sobre otra. En este sentido, la dinámica afectiva trasciende las propiedades individuales de las entidades, tanto humanas como no humanas, en un “movimiento con”, que evoluciona en modulaciones y resonancias recíprocas. Por último, el concepto de afecto en Spinoza está intrínsecamente relacionado con la definición del poder. Cada individuo posee una *potencia*, entendida como la capacidad del individuo de entrar en relaciones en las que afecta y es afectado.

El segundo linaje se deriva del trabajo del psicólogo Silvan Tomkins, quien propone un modelo de nueve emociones básicas (alegría, sorpresa, interés, vergüenza, ira, miedo, angustia, desprecio y asco). En su obra principal de cuatro tomos *Affect Imagery Consciousness* (1962-1992), Tomkins concibe los afectos como respuestas biológicamente condicionadas que se expresan en reacciones corporales, particularmente a través de expresiones faciales como el llanto o la risa. Los afectos, de acuerdo con Tomkins, siguen una lógica del contagio, son susceptibles de comenzar en un cuerpo y transmitirse a otros, de propagarse miméticamente, lo que constituye su naturaleza intersubjetiva (Hesselberth y Horsman 2017).

La diferencia entre ambas vertientes en la teoría afectiva ha sido a menudo conceptualizada oponiendo los términos de *afecto* y *emoción*. Mientras que el afecto refiere a una intensidad, un punto de encuentro entre cuerpos que provoca un cambio en el gradiente de energía o, en la definición minimalista spinoziana, “a body’s capacity to affect and to be affected” (Gregg y Seigworth 2010: 2), una emoción o un sentimiento “is a *recognized affect*, an *identified intensity*” (Massumi 2002a: 61). A diferencia del afecto, la emoción es una categoría reconocible, identificable. Por ello, es posible postular una taxonomía de las emociones mientras no existe una taxonomía de los afectos.

La posibilidad —o la conveniencia— de distinguir emoción y afecto ha sido objeto de debate desde los inicios del giro afectivo. Mientras algunos críticos, como Massumi han insistido en la diferencia ontológica entre ambos, otros, como Margaret Wetherell (2012), han objetado la distinción, reivindicando la mezcla de conceptos en

función de las necesidades del análisis. Por una parte, la distinción entre afecto y emoción, se usen o no estos términos, sigue siendo válida en tanto ambos conceptos representan aproximaciones diferentes a los fenómenos afectivos, aproximaciones que implican diferentes preguntas y metodologías según se trate de una perspectiva spinoziana o una visión centrada en el sujeto. Por otra, la distinción entre el binomio emoción/afecto ha dejado paso a una multiplicidad de términos que enriquecen y complejizan el espectro del vocabulario afectivo. Como estas dos vertientes demuestran, la teoría de los afectos estuvo desde el inicio marcada por la heterogeneidad. Como señalan Melissa Gregg y Gregory Seigworth en *The Affect Theory Reader* (2010), “There is no single, generalizable theory of affect” (2010: 3). Si esta afirmación era válida en 2010, una década más tarde no ha hecho sino intensificarse, dado que el interés por el afecto se ha expandido, abarcando todas las disciplinas, extendiendo su interés a las dinámicas afectivas del pasado y “viajando” más allá de las academias metropolitanas en las que surgió. Como tal, el término “afecto” designa un punto de confluencia —tanto como un campo de tensiones— entre las diversas teorías, enfoques y reflexiones que tienen a la dimensión afectiva como objeto de indagación.

Aunque esta diversidad y escala hacen imposible resumir las múltiples trayectorias de la teoría afectiva, quisiéramos postular tres rasgos que singularizan el estado del campo en la actualidad.

El primero es una preocupación por el refinamiento conceptual. Más allá de los debates en torno a los términos claves de afecto y emoción —y términos asociados como los de sentimientos o sensaciones—, hay una preocupación por mapear el espectro de conceptos involucrados en las dinámicas afectivas, nociones que iluminen aspectos particulares de esas dinámicas. Conceptos como “resonancia”, *Pathosformel*, “atmósfera”, “inmersión”, “repertorio emocional”, *attachment*, o *disaffection*, buscar delinear formas en que la dimensión afectiva se actualiza en determinadas circunstancias, medios o escenarios. Al mismo tiempo, “afecto” se convierte en un adjetivo para teorizar el funcionamiento de las dinámicas relacionales asociadas a entidades como “públicos”, “comunidades” o “medios digitales”. Por ejemplo, Zizi Papacharissi utiliza el término “affective publics” para

mostrar el rol del afecto en la constitución de comunidades activistas en la llamada Primavera árabe (2015); Zink explora la noción de “affective communities”, entendiendo estas como formas específicas de colectividad “that can be characterized by a shared sensuality eliciting an implicit sense of commonality and immediateness” (2019: 289); “affective media” señala el afecto como componente esencial de los medios digitales, un entorno en que se vuelve obvia la interrelación entre entidades humanas y no humanas en la creación y circulación del afecto (Bösel y Wiemer 2020). En esta dirección, el texto de Slaby y von Scheve, *Affective Societies: Key Concepts* (2019a), constituye el mejor ejemplo de la intención de mapear el espectro conceptual, construyendo una red que conecta genealogías, sitúa las nociones en sus contextos de emergencia y uso y delimita apropiaciones y préstamos.

Un segundo rasgo del panorama contemporáneo es la preocupación por la metodología. En principio, dada la interdisciplinariedad que define la teoría afectiva sería imposible arribar a una metodología consensuada. Sin embargo, si el afecto designa —o pretende funcionar como— el punto de encuentro de distintas disciplinas, una convergencia indispensable si se trata de captar fenómenos que por definición desafían los límites disciplinarios, es necesario disponer de metodologías específicas para capturar los procesos afectivos, más allá de las establecidas en cada campo. Kahl señala los desafíos que implica operacionalizar el afecto, observarlo y transcribirlo en la investigación empírica. La dificultad varía según sea la vertiente que adoptemos: si entendemos afecto como lo hace Massumi, es decir, como una intensidad no simbolizable, preconsciente y prediscursiva, se vuelve prácticamente imposible la investigación empírica. En palabras de Kahl, “Affect understood as the ‘invisible glue that holds the world together’ would basically exclude scientific observability. After all, where and how should researchers look to collect their data if the phenomenon under study is by definition invisible?” (2020: 8). Es esta complejidad la que solicita precisamente repensar el método. ¿Debemos desarrollar nuevas metodologías? ¿Adaptar las existentes? ¿De qué manera? Algunos críticos insisten en la necesidad de diseñar nuevas estrategias metodológicas para captar los procesos afectivos.

En *Affective Methodologies* (2015), Knudsen y Stage subrayan la innovación como respuesta ante la obsolescencia de metodologías que, centradas en el contenido y las estructuras de significación, responden a concepciones del sujeto y lo social diferentes a las que enfrentamos. Rastrear el afecto implica lidiar con el desorden, lo efímero y lo imprevisible de la vida social; con la inmaterialidad, los flujos, los fragmentos, los vacíos, las ausencias, los ensamblajes entre entidades humanas y no-humanas; en suma, con ecologías que se resisten a ser aprehendidas con metodologías establecidas para pensar estructuras, permanencias y totalidades.

Un último rasgo se observa en el llamado a “descolonizar” la teoría afectiva. Se insiste repetidamente en que el afecto es intrínsecamente un fenómeno situado, que no puede dissociarse de las coordenadas en las que se produce. Este interés en “lo situacional” no tiene sin embargo un correlato teórico: el mismo paradigma informa el análisis de contextos ajenos en los que se produce la teoría. Como sostiene Yael Navaro, “many recent engagements with affect theory have therefore inadvertently been repetitive [...] and it is worrisome when evocations of a theoretical notion close down on themselves” (2017: 209). Para abrir el campo, Navaro y otros nos invitan a explorar lo que resuena como afecto en otras geografías y coyunturas históricas no-occidentales: “How can we trace and compose putatively non-Western inspirations for affect, ones that do not regurgitate by now well-established comprehensions of it? I think such a project would require another sort of excavation” (2017: 210).

Estar atento a lo inesperado en el trabajo de campo es una de estas formas, una forma de “atención” que nos permite ahondar en otras inspiraciones, otras definiciones, otras ontologías afectivas. Se trata de abrir el diálogo para escuchar otras voces que puedan modular el afecto en un registro diferente. Al fin y al cabo, se supone que uno de los principales rasgos de la teoría del afecto es una potencialidad para la imaginación y una forma de superar las divisiones establecidas. En este sentido, limitarse al afecto tal y como se concibe en una matriz occidental no es sino una forma de empobrecimiento.

El giro afectivo en América Latina

Es indudable que en las últimas décadas ha habido un creciente interés por el rol de la emoción y el afecto como fuerzas esenciales en las dinámicas socioculturales y políticas en América Latina, pero la pregunta sobre el impacto y el alcance permanece: ¿Ha habido efectivamente un “giro afectivo”? Laura Podalsky se muestra escéptica: “Let me begin on a perverse note by saying I’m not sure that there has been an “affective turn” (2017: 237). Podalsky reconoce que, aunque “several books and articles have been published that address the role of emotion and/ or affect in Latin American culture” (2017: 237), el alcance disciplinar es más bien limitado ya que pertenecen principalmente a los campos de los estudios culturales y la antropología en lugar de abarcar el espectro amplio de las ciencias sociales y las humanidades. Por lo tanto, según Podalsky, el impacto de la teoría de los afectos, aunque amplio, no podría identificarse propiamente como un “giro”, entendiendo por giro “a certain degree of change that alters the conditions of a stable system, producing an imbalance that needs somehow to be addressed by the field itself” (Poblete 2017: 2). En 2012, Ana del Sarto afirmaba que “los textos que trabajan el tema de los afectos en América Latina, o en relación con esta región como objeto de estudio [...] son escasos” (2012: 50), mientras que Ignacio Sánchez Prado, en el prólogo al volumen seminal *El lenguaje de las emociones*, señalaba que el estudio político cultural de las emociones “ha sido secundario al trabajo en torno a problemas de formación hegemónica, ideología, política cultural, identidades sociales y economía simbólica, que han constituido el logos disciplinario de las distintas prácticas englobadas bajo el nombre de ‘latinoamericanismo’” (Sánchez Prado 2012: 11). Más recientemente, Cecilia Macón, Mariela Solana y Nayla Luz Vacarezza describen el análisis de los afectos como un “emergent field” (Macón, Solana, y Vacarezza 2021b: 1), añadiendo que aunque el interés por las emociones y los sentimientos tiene una larga historia en América Latina, “a great number of thinkers and scholars have recently begun to focus on emotions in an attempt to understand politics in the region today” (2021b: 2).

La trayectoria del giro afectivo en América Latina es más restringida, más reciente y menos visible si se la compara con la omnipresencia que lo afectivo ha tenido en la academia metropolitana en las últimas dos décadas. Esto no implica afirmar que América Latina haya llegado tarde a la teoría afectiva, en una posición subsidiaria que a menudo se le asigna respecto a los desarrollos teóricos que se producen en otras latitudes. En primer lugar, porque el interés por la emoción y el afecto ya había sido desplegado en la crítica latinoamericana antes del reciente auge, en obras fundacionales del paradigma culturalista como *De los medios a las mediaciones* de Jesús Martín-Barbero o *Consumidores y ciudadanos* de Néstor García Canclini (Sánchez Prado 2012: 11), en los trabajos de Pilar Calveiro y Rosanna Reguillo sobre el miedo como emoción política o de Beatriz Sarlo sobre los textos de la felicidad, analizados en *El imperio de los sentimientos*. Mapear estos textos que analizan desde una matriz latinoamericana el espectro afectivo es una tarea pendiente.

En segundo lugar, porque plantear el giro afectivo en términos de apropiación o importación de teorías metropolitanas supone que los conceptos sean trasladados sin mediaciones y aplicados mecánicamente a nuevos casos de estudio. A diferencia de esta visión estática y mecanicista, las teorías y los marcos conceptuales se transforman sustancialmente cuando “viajan”, no solo entre diferentes disciplinas, como señalaba Mieke Bal en *Travelling Concepts* (2002), sino aún más radicalmente, entre diferentes espacios geográficos y tradiciones académicas. ¿De qué manera la producción crítica desde y sobre América Latina impugna, enriquece, corrige, matiza las distinciones establecidas? ¿De qué manera las dinámicas sociopolíticas y su estudio aportan a la comprensión de la “situatedness” (Kahl 2020: 1) como una característica central del marco contemporáneo? En esta línea, Algarra y Noble apuntaban la necesidad de un “diálogo franco en donde todo se pone en liza, reconociendo mutuamente los participantes mundiales del debate, sin excluir los aportes de nuestra región” (Algarra y Noble 2015: 58).

También es necesario indagar de qué manera el giro afectivo en América Latina se entrelaza con marcos teóricos previos para analizar dinámicas propias de la región, lo que resulta en torsiones inesperadas

del marco conceptual. En este sentido, la indagación en torno al rol de la emoción y el afecto no funcionan descartando y reemplazando marcos que ahora habrían devenido obsoletos, sino que, de manera más orgánica, vienen a complementar las investigaciones previas, allí donde esos marcos carecían del vocabulario —o simplemente la atención necesaria— para capturar lo que ahora se indaga a partir de estas nociones.

En un mapa de la producción más reciente, es posible reconocer tres áreas principales que reúnen las investigaciones en torno al afecto y la emoción en América Latina. Esto no intenta ser un estado del arte sino el trazado de ciertas rutas para orientarse en el territorio — contingente y dinámico— de los estudios en la región, proponiendo algunos textos representativos de cada área.

El primer grupo de estudios interroga al afecto (y a la emoción) como componente clave de las sociedades contemporáneas. Aunque la dinámica afectiva siempre ha sido fundamental para la sociedad humana, las configuraciones sociales, políticas y económicas de finales del siglo xx y principios del xxi muestran rasgos particulares que las convierten en sociedades afectivas.

Siguiendo la perspectiva de las teorías de las sociedades, se puede observar una formación social al centrarse en un elemento o desarrollo destacado que sea característico de la formación en cuestión, como sucede en caracterizaciones tales como “sociedad postindustrial”, “sociedad del riesgo” (Beck 1992) o “sociedad de la información” (Castells 2010). En esta línea, Kahl sostiene que las sociedades contemporáneas “are characterized by an intensification and acceleration of affective modes of address and relatedness” que abarcan todas las dimensiones del tejido social. El afecto relacional funciona aquí como un diagnóstico que intenta captar lo específico de nuestro escenario contemporáneo. Kahl plantea que “recent developments signal a tipping point when it comes to manifestations of affect in public discourse, in mediatized social interactions, and in broader efforts at managing, controlling and governing affect and emotion” (2020: 5). Esto es ampliamente visible, por ejemplo, en la forma en que los medios digitales han transformado la comunicación y el activismo político. Sin recurrir al flujo contagioso y performativo del afecto, sería

difícil explicar el atractivo de los movimientos de derecha que han florecido en la región o la constitución y fuerza de movimientos activistas como *Ni una menos*. El afecto aparece inextricablemente ligado al “régimen de acumulación global, flexible y combinado” del neoliberalismo y la globalización. Para Abel Trigo, este régimen “sustituye las viejas ideologías e imaginarios nacionales por una nueva economía político-libidinal en la cual la catexis del deseo (inversión de energía afectiva, libidinal) es capturada por el capital y la lógica de la mercancía” (2012: 39).

Representativo de esta tendencia es el libro *Posthegemony: Political Theory and Latin America* (2010), en el que Jon Beasley-Murray describe la situación actual como “post-hegemónica”, una coyuntura en la que la noción de hegemonía ya no se sostiene como modelo interpretativo adecuado para entender la organización del poder político y la estructura de gobierno del Estado-nación. De hecho, Beasley-Murray afirma que la teoría de la hegemonía nunca tuvo este poder explicativo —la primera frase del libro afirma polémicamente “There is no hegemony and never has been”— y propone en cambio los conceptos de afecto, *habitus* y multitud para delinear una versión del poder y el orden social no basado en el consentimiento, la coerción o la interpelación ideológica. En “Narrativa, afectos y experiencia: Las configuraciones narrativas del neoliberalismo en México” (2009), Sánchez Prado examina la estructura afectiva del neoliberalismo en cierto sector de la producción cultural mexicana. En textos como la novela corta *Llamadas de Ámsterdam* (2003) de Juan Villoro o el filme *Vivir mata* (1995) de Nicolás Echeverría, es posible observar el éxito del neoliberalismo en la articulación de una esfera simbólica al nivel cultural, especialmente en las clases medias globalizadas. Mientras que el fracaso del sistema liberal como doctrina económica ha sido ampliamente reconocido por la crítica cultural, su rol en la conformación de afectos y formas de vida no ha sido objeto —al menos en el momento en que Sánchez Prado escribe su artículo— de una exploración adecuada. *Las vueltas del odio* (2020) de Gabriel Giorgi y Ana Kiffer también elabora una crítica de la sensibilidad neoliberal aunque desde otra perspectiva. Poniendo el odio en el centro de la escena, el libro explora los nuevos registros de esta emoción y lee esos lugares de

enunciación como “guerras de la lengua”. ¿De qué manera se inscribe y circula colectivamente el odio, en especial como afecto háptico que recorre la red? ¿Qué subjetividades colectivas construye? ¿Cuál es su papel en la regulación y disciplinamiento de la esfera pública? Diferente a los anteriores, aunque en la misma lógica de diagnosticar el presente, *Afectos y saberes en la performance argentina contemporánea* (2020), editado por Blejmar, Page y Sosa analiza la producción de una generación emergente de artistas marcada por una original “voz generacional trans-disciplinaria, intermedial y multidireccional en el campo de las artes performáticas argentinas” y “acaso una nueva forma de afectividad”. Las obras analizadas se enmarcan en un nuevo género caracterizado por “una zona de transición donde las fronteras entre lo virtual y lo material, lo personal y lo colectivo, lo real y lo ficcional inevitablemente se desarman”. De allí que el registro de los afectos, espacio liminal por definición, resulte clave para desentrañar la producción de este colectivo.

Un segundo grupo aborda la compleja herencia de la violencia política experimentada por los países latinoamericanos a finales del siglo xx. En las últimas décadas, la interrogación sobre el pasado reciente en América Latina se ha enmarcado tradicionalmente en el campo de los estudios de memoria, un término clave en el discurso académico, pero también un término central en la lucha de los activistas de derechos humanos. El interés académico por la memoria surge, por tanto, no como un interés distanciado de su objeto, sino en un diálogo permanente con los actores sociales que expresan sus demandas, con los debates en la esfera pública, y los significados construidos como resultado de estas disputas. Podríamos decir que esta relación estrecha entre las experiencias y las demandas de los actores sociales y la intervención académica le dio al campo de los estudios de memoria en América Latina una resonancia afectiva particular: las solidaridades tejidas entre ambos contribuyeron a crear una *comunidad afectiva* que es indisociable del objeto de estudio.

Un vocabulario afectivo —evidente en conceptos como “trauma”, “testimonio”, “duelo”, “melancolía”— estuvo presente desde el principio. Sin embargo, no fue necesariamente puesto en primer plano e investigado en profundidad como una dimensión distintiva de la

dinámica sociopolítica o de las prácticas artísticas. A grandes rasgos, el estudio de la memoria se centró o bien en los actores e instituciones, desde la perspectiva de las ciencias sociales, o bien, desde una perspectiva de estudios culturales en las producciones artísticas —películas, libros, fotografías, performances—. En ambos casos, predominó un enfoque discursivo que identificaba la memoria con las narrativas colectivas, las historias que sustentan las versiones del pasado. Sin embargo, como sostiene Michael Lazzara, más allá del discurso y de las instituciones, “one of memory studies’ major value propositions is the emphasis they place on the affects, sentiments, and passions that escape institutions yet very much participate in the ‘political’” (2017: 25). Podríamos afirmar que el reciente interés por los afectos y las emociones como una dimensión distintiva viene a cumplir todo el potencial que entraña esa proposición. Los trabajos de este grupo no pretenden sustituir por completo los enfoques anteriores, poniendo en su lugar las teorías del afecto como lente exclusiva, sino que se acercan —y dan nombre, es decir, existencia— a dinámicas afectivas que antes solo se abordaban tangencialmente. Textos como *Préterito Indefinido: afectos y emociones en las aproximaciones al pasado* (2015), editado por Cecilia Macón y Mariela Solana ilustran esta tendencia. En la introducción, las autoras recorren textos y autores claves en el campo mostrando cómo la aproximación afectiva al pasado obliga a repensar problemáticas centrales, tales como la tensión entre continuidad y discontinuidad históricas, las formas de la temporalidad, la gestión de la distancia frente al objeto, o los límites de las posibilidades representacionales del relato. También reflexionan sobre los desafíos metodológicos, ya que, si el archivo histórico es prioritariamente textual, ¿de qué manera captar una dimensión afectiva que solo queda registrada, en el mejor de los casos, como narración indirecta de las experiencias y prácticas? Un eje importante en *The Politics of Affect and Emotion in Contemporary Latin American Cinema* (2011), de Laura Podalsky se refiere a cómo aparece el pasado en la producción fílmica contemporánea. Partiendo de las preocupaciones expresadas por Beatriz Sarlo, Nelly Richards y Jean Franco sobre la “cultura de la inmediatez” que domina los medios de comunicación contemporáneos, Podalsky se basa en el afecto para ofrecer una rica comprensión sobre cómo

las películas “nos tocan”, sugiriendo el potencial político de ciertas películas consideradas apolíticas y sensacionalistas por la mayoría de los críticos. En *Geografías afectivas* (2019), Irene Depetris Chauvin explora la potencialidad del cine para crear “geografías afectivas” que suponen nuevas formas de habitar el espacio, tanto individual como colectivamente. El afecto no es solo objeto de estudio, sino que pervade la forma: “los capítulos tratan de desarrollar un modo de escritura afectiva que de alguna manera pueda evocar la experiencia de estar dentro de la película”, agrupando películas “según las atmósferas afectivas que estas instalan” (Depetris Chauvin 2019: 18-19). Varios capítulos, especialmente “Geografías espectrales”, exploran topografías de la memoria y el trabajo del duelo, en un acercamiento háptico al pasado, en películas como *Cofyalandes*, *Nostalgia de la Luz* o *La forma exacta de las islas*. En un trabajo de genealogía histórica, textos como *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta* de Alejandra Oberti (2014), o “Conflictos pasionales, sexualidad y militancia en la guerrilla armada en los años setenta en la Argentina” de Isabella Cosse (2017), abordan la intersección entre afectividad y militancia en los 70 en el Cono Sur.

La tercera área de investigación aborda el género y la sexualidad en América Latina. Género y sexualidad se han convertido en temas centrales de debate en la política contemporánea en todo el espectro ideológico. Los partidos conservadores se oponen a lo que llaman “ideología de género”, intentando restringir la expansión de derechos de las mujeres y los grupos LGBTIQ+, mientras los partidos progresistas colocan en el centro de su agenda la lucha por los derechos fundamentales, como el derecho al aborto o el reconocimiento de las identidades no binarias.

Estas luchas políticas son impulsadas por poderosos movimientos sociales: los nuevos feminismos y los movimientos LGBTIQ+ en América Latina. Aunque son parte de una tendencia global, visible en movimientos como #MeToo, América Latina ha dado lugar a movilizaciones originales que han florecido más allá de las fronteras de la región. Nacido como un colectivo antifeminicidio en Argentina en 2015, *Ni una menos* se convirtió en un movimiento de masas que se extendió por toda América Latina y que inspiró movilizaciones

en otros países de Europa y Asia. Significativamente, en su análisis de *Ni una menos*, Pía López describe las luchas feministas contra el neoliberalismo como luchas que se juegan en el campo de los afectos (López 2020).

El hecho de que el afecto aparezca como un aspecto central en los debates contemporáneos y en la movilización feminista no debe ocultar una larga genealogía que se remonta al origen del “gender and sexuality turn” (Irwin y Szurmuk 2017) en América Latina. Y no es necesario mencionar que, desde sus orígenes, la teoría de los afectos ha estado intrínsecamente conectada —o directamente inspirada— por el pensamiento feminista y los estudios *queer*. Es necesario subrayar que en los estudios recientes el género y la sexualidad no aparecen como problemáticas aisladas, sino que se indagan interseccionalmente junto a la herencia colonial de desposesión y violencia, el racismo, o la explotación de recursos naturales.

Entre los numerosos estudios que exploran la intersección entre género y afecto cabe mencionar *Affect, Gender and Sexuality in Latin America* (2021a), editado por Macón, Solana y Vacareza, en el que se compilan una serie de trabajos que dan cuenta de la producción más reciente, y que incluye textos que van desde el activismo político en las luchas por la legalización del aborto en el Cono Sur hasta las transformaciones culturales de la feminidad en relación con lo animal y lo espectral, pasando por exploraciones históricas de la emoción y el afecto en América Latina. El volumen *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista* (2018), editado por Alba Pons Rabasa y Siobhan Guerrero Mc Manus también muestra la relevancia del afecto en la reflexión feminista, con capítulos dedicados al rol del afecto en la economía informal en la ciudad de México, el tránsito de género o las materializaciones de lo trans. Por último, artículos como “Mourning, Activism, and Queer Desires: *Ni Una Menos* and Carri’s *Las Hijas Del Fuego*” (2021) de Cecilia Sosa, conjugando el interés por el pasado con la reflexión de género, explora la reelaboración *queer* del trauma de la dictadura en la película de Albertina Carri *Las hijas del fuego* (2018) en la intersección entre el movimiento feminista *Ni una menos* y la memoria del pasado posdictatorial.

Violencia y afecto en América Latina

En el imaginario colectivo occidental, América Latina aparece a menudo como el continente violento por antonomasia, como se desprende de películas como *Amores perros* (2000) o de la narrativa de Roberto Bolaño (véase Sánchez Prado 2006; Lainck 2014). La idea de una violencia endémica que azota la zona es un estereotipo cultural que se remonta a la época colonial y que se vio reforzado por la cultura de masas. Esta promovió una banalización y exotización de la violencia y llevó consigo una tendencia homogeneizadora que oscurecía la profunda diversidad sociogeográfica del subcontinente. Ya a principios de los años 70, Ariel Dorfman destacó la omnipresencia del tópico en la narrativa hispanoamericana, lo que llevó a investigadores a identificar y desentrañar las manifestaciones específicas de la violencia y los modos narrativos experimentales que reflejaron una “violencia narrativa” (1970: 9). Dorfman no dudó en caracterizar al subcontinente como el “fruto de una violencia prolongada” (1970: 11), que los habitantes de varios países latinoamericanos hubieran internalizado como parte del relato nacional. Así, por ejemplo, en Colombia, un país marcado por un conflicto armado interno de larga data, el campo de estudios interdisciplinario conocido como “violentología” ha buscado entender y conceptualizar este nexo entre identidad colectiva y violencia, enfocándose sobre todo en el impacto sociocultural de la violencia política.

Como categoría analítica y como marcador de diferencia cultural, la violencia es hoy día uno de los principales temas de los estudios latinoamericanos debido a la prolongada vigencia de la problemática en las últimas décadas y su mercantilización en los medios de comunicación. No obstante, tanto la morfología de la violencia como su estudio crítico sufrieron un cambio significativo. Durante la Guerra Fría, en un escenario de una brutal violencia política, los enfoques se centraron antes que nada en la retórica de la dictadura y en la dictadura de la retórica (véase González Echevarría 1985: 64-84), motivada esta última por el acercamiento “glacial” a las emociones (Terada 2001: 4-5) que caracterizaba el posestructuralismo de moda. En general, la atención se centraba en la dimensión discursiva en detrimento de la dimensión